

# Espacio Literario



Los escritores y el suicidio

## Reflexiones sobre la muerte de Alfonso Alcalde



Gabriel Rodríguez

A veces resulta difícil resistir a la tentación de acelerar el proceso de mutación y muerte que parece regir los destinos de la humanidad. El martes 5 de mayo fue uno de esos días y el escritor y aventurero Alfonso Alcalde no resistió más y se colgó.

Tenía setenta años y estaba casi ciego a causa del glaucoma.

Había prometido escribir "aunque le cortaran las manos" y así lo hizo, dejando una vasta obra casi desconocida para la mayoría de los chilenos.

Su vida y su obra forman parte de esos capítulos fuertes de la cultura chilena y sin embargo murio solo y olvidado. Es que a pesar de algunas señales luminosas, los vientos corren en favor de los templos del dinero y del poder, y un pobre loco que haya consagrado su vida a la literatura resulta una especie de ofensa social de mal gusto. Estos molestos intelectuales tantas veces

insobornables, siempre críticos, molestos, desmesurados, épicos, trágicos.

Alfonso Alcalde no realizó estudios literarios formales, pero vivió a fondo lo que Lafourcade llama una "vida literaria" intensa que abarcó todos los géneros y todas las esferas.

Acompañó por años a Pablo Neruda con quien compartió sus inquietos compromisos. La primera edición de uno de sus libros fue quemada en público en un lanzamiento más espectacular que ciertas excentricidades del joven Raúl Zurita. Fue vendedor contrabandista, cuidador de fieras en diversos circos, guionista de cine y televisión, autor de poemas, cuentos, teatro y novelas. Dirigió la colección "Nosotros los chilenos" de la legendaria Editorial Quimantú y recorrió el país de norte sur. El exilio lo llevó a recorrer el mundo y más de 25 países conocieron sus inquietos pasos. Tal vez en esos años

se incubó la tristeza y la soledad que fueron su única compañía en los últimos años, recluso en una pequeña caleta en la provincia de Concepción.

Publicó 28 libros y quedaron muchos sin encontrar editor. Si vida, como la de Manuel Rojas o Francisco Coloane le dio el material para una obra inmensa y sin embargo, poco conocida. Su muerte parece una radiografía trágica del escritor en un país sin protección para los creadores culturales y donde recién se descubre su rol y se generan acciones en su favor.

Para él todo llegó demasiado tarde. Sus ojos ya no veían la débil luz del sur y no hubo quien lo rescatara del pozo de las tinieblas y la muerte.

Los escritores están de duelo, como casi todos los días. Son demasiados los que se van o deciden irse. Sus pasos se pierden en la cultura de la indiferencia y el furioso materialismo que ensucia los escritores más pulcros. La ley de la selva no logró vencerlo en sus correrías por el Matto Grosso. Lo venció la ley de la soledad.

Para su alma cargada de palabras y de sueños no había ya consuelo ni en la amada lluvia del sur.

Cayó al lado del mar, como Neruda que cuando adivinó que la muerte venía tras sus pasos, también se refugió entre las olas.

Sus libros seguirán navegando. Tal vez en unas décadas más algunos estudiosos del arte descubran que mereció el Premio Nacional de Literatura. Que se fue antes de tiempo y la sociedad no supo reconocer su obra. Que era un verdadero genio enterrado en el extremo del abandono. Y lo resucitarán. Sus libros entonces valdrán mucho dinero y sobrarán interesados en analizar sus trabajos. Se le rendirán honores en su ciudad natal. Hasta un colegio podría llevar su nombre en vez de esos códigos fríos que semejan casillas postales.

Por ahora el poeta se ha ido. Solo. Vencido. Tal vez buscando la paz que nunca conoció durante su increíble y generosa vida. Quedan sus poemas:

"Aquellos  
suicidas  
decapitados a borbotones  
aún anclados dentro de la  
muerte  
aquellos que se devoraron  
frotándose como piedras  
para iniciar el primer fuego.

El amor los bendiga.